

## Lectura del primer capítulo: **LA VIDA ES UNA SUAVE QUEMADURA**

### **Orígenes**

A veces pienso que no vivimos una existencia, sino varias sucesivas. Como pisadas en la arena, una borra el recuerdo de la otra. Tal vez sea porque no somos capaces de hacer más de una cosa a la vez, quién sabe, o porque el olvido sirve para enterrar nuestros errores.

Los hindúes dicen que nos reencarnamos repetidamente hasta que, alcanzada la perfección, ya no tienes necesidad de volver a nacer y puedes irte a descansar al hotel de la eternidad. Vaya usted con Dios. Es una posibilidad y no soy nadie para negarla, pero yo creo que la reencarnación también se produce en los límites de una sola vida.

Sin ir más lejos, en los dieciséis años que llevo rodando por el mundo, creo haber nacido y muerto ya cuatro veces.

De mi primera existencia sólo queda un instante borroso. Yo tenía tres años y subía de la mano de mi madre por la Rambla de los Pájaros. Deduzco que veníamos del mercado de la Boquería, porque ella llevaba un bolsa de fresas cuando nos detuvimos delante de un loro, grande y verde, que saludaba alegremente a los paseantes. Mi madre extrajo una fresa de la bolsa y me dijo: «Dásela». Su voz era dulce y serena, eso nunca lo olvidaré. Tomé la fresa por las hojitas y la introduje entre los barrotes con mucho cuidado, porque tenía miedo que el loro me picara. Cuando el pájaro vio que asomaba la fruta, me la arrebató con el pico y, acto seguido, la agarró con una pata para poder comérsela trocito a trocito. Recuerdo que me quedé extasiado ante aquel loro, que se tenía en pie con una pata mientras con la otra sostenía la fresa, a la que daba pequeños picotazos. Comía sin ni siquiera mirarnos, con soberbia incluso, como si aquello que acababa de recibir le correspondiera por derecho propio.

Ese es el único recuerdo que conservo de mi madre, que murió en accidente poco después. Creo que lo que yo era hasta entonces murió con ella. En ese punto nació el Víctor indolente, que cohabitaba con un padre que para huir del dolor se entregó a la tarea de amasar dinero.

Al cumplir los dieciséis, dejé de ser Víctor para ser Francesco. Y ahora que el camino de este úl-

timo parece haber llegado a su fin, me veo obligado a renacer en un mundo donde no sé qué me espera.

Por todo esto creo que no deberíamos hablar de un solo origen o nacimiento: cada persona tiene varios orígenes que se ramifican y entrecruzan, como un frondoso árbol que busca, eso sí, su camino hacia el cielo.